

APRENDIZ DE BRUJA

Helia Emma Morel Rivero / Facultad de Filosofía y Letras

Nací con la sombra pesada. Aunque mi signo zodiacal es el toro, que representa la fuerza y la nobleza, creo que a mí me tocó un toro viejo. . . y castrado.

La tragedia empezó el mismo día de mi nacimiento. Mis padres querían un hijo, por ser el primero. Y nació yo. . . una mujer. La más disgustada fue mi madre. Dice que las mujeres somos un problema. Siempre hay que cuidarlas. De niñas, para que no se caigan boca abajo. De grandes, para que no se caigan. . . boca arriba. Para colmo, el parto despedazó a mi madre y ya no pudo tener más familia. Ni me lo perdona, ni lo olvida. En cambio mi padre se resignó pronto. Los amigos le dijeron que las hijas son muy cariñosas (con los novios). Además, a las mujeres no hay que darles carrera y eso ya es una ventaja.

Es cierto que mi padre es rico, pues con carnitas y chicharrones que vende en el mercado, gana más que muchos profesionistas. Pero no es partidario de que las mujeres estudien una profesión. Dice que luego se le alebrestan al marido y *tienen que darles*, para que sepan quién es el que manda en la casa. Pero a algunos se les pasa la mano y eso tampoco lo ve bien mi papá. Mi mamá dice que los hijos que van a la escuela y saben más que sus padres, se vuelven malagradecidos y se avergüenzan de su familia.

Sin embargo, me mandaron a primaria. Afortunadamente mi talento no es para preocupar a nadie. Estuve tres años en primero. Al repetir el primer año, empezaron los regalos de carnitas para las maestras; pero fue inútil. No distinguía una letra de otra. Comparada con las otras niñas me veía muy diferente. Era muy entumida. Muy opacada. Eso molestaba a mi mamá. Ya que había sido mujer, siquiera que no fuera tan tonta. Una amiga la convenció de que me estaban *haciendo mal* y eso no lo curan los doctores. Me llevaron a un centro espiritista para que me hicieran una *limpia*. Como ya tenía nueve años, iba muy atemorizada. Supuse que vería a los muertos. Pero sólo estaba una señora que me talló, de los pies a la cabeza, con un ramo de yerbas benditas. Después mi madre, su amiga y yo en el centro, nos sentamos frente a la señora que hablaba, hablaba y hablaba. Movía tanto los labios que parecía que le hervía la boca. Después se presentó el espíritu del doctor Fausto. Dijo que, efectivamente, una vecina que estaba enamorada de mi papá, como no era correspondida, por despecho, me tenía detenidos los pensamientos. El me los iba a soltar poco a poco, para que no se me atropellaran en la mente. Además, era peligroso que salieran todos juntos. Podía írseme el sentido. Como mi caso era *especial*, por eso habían invocado al doctor Fausto, que era *especialista*. La *consulta* costó \$ 500.00 pero mi mamá salió muy satisfecha.

porque a ninguna de sus conocidas las atendía un doctor de esa categoría. Tenían que llevarme cada 15 días.

A la semana siguiente fue cumpleaños de una compañera del colegio, que me quería mucho. Su papá era doctor. Eran pobres porque el sueldo del médico era bajo. Además tenían mucha familia y demasiados compromisos sociales, lo que menguaba el presupuesto. Tal vez al doctor le llamó la atención la diferencia de edades entre su hija y yo. Ella tenía 7 y yo 9. Pero más se sorprendió cuando le dije que no sabía leer y que no conocía las letras. Le platicué que estaba embrujada. Movié la cabeza. Me tomó de la mano y me llevó a un cuarto. Me puso frente a la pared y me iba colocando unos cristales en los ojos. Me preguntaba por lo que estaba enfrente. Pero yo no veía nada. Después de algunos cambios de cristales, prorrumpí en un grito de alegría: ¡Veía un árbol! ¡Me señaló una casita y pude decirle lo que era! Luego un perro. Sonrió satisfecho. Eso era lo que necesitaba. Cuando fueron por mí, le explicó a mi papá que yo necesitaba lentes y que probablemente a eso se debía mi atraso en la escuela. Me compraron los anteojos. No me gustaba la idea de usar lentes, pero cuando me los puse, sentí que entraba en el mundo. En una semana pude conocer todas las letras. Me llevaron a la segunda *limpia*. Mi mamá le contó lo sucedido al doctor Fausto. El dijo que había arreglado las cosas para que así sucedieran. Pero que era peligroso interrumpir el *tratamiento*. De todos modos, ya no me volvieron a llevar. Mi descubrimiento de las letras y del mundo me tenía muy atareada. Ya no se me caía nada de las manos, ni tiraba las cosas. Tenía amigas y me había vuelto platicadora. Terminé la primaria.

Por mi parte, hubiera ingresado directamente a la escuela comercial. Quería ser secretaria. Mi padre me había ofrecido que cuando lo fuera, me regalaría un coche, para que supieran que no trabajaba por hambre. Pero casi todos los placeres mandan a sus hijos a secundaria. Yo no podía ser menos. Mi madre se empeñó y tuve que ingresar a secundaria. De nada valió que alegara que ya estaba grande y que perdería tres años. Me compraron útiles y uniformes y . . . a la escuela. ¡Pobres maestros! Por mi parte estaba en franca rebeldía. Yo no quería estudiar secundaria. No la necesitaba para ser secretaria. Por otro lado, mi mamá, atosigándolos con regalos y visitas. ¡Cuántas veces me pidieron que ya no les mandaran nada! Pero mi mamá les mandaba a sus casas carnitas, chicharrones y quesos. . . los días de prueba. Estoy segura de que por pena no los regresaban. Si a pesar de eso algún maestro me reprochaba con toda razón, porque no estudiaba, mi mamá iba con el director y después de un fogonazo de carnitas y chicharrones, le pedían al maestro que me diera otra *oportunidad*. Siempre salí aprobada en las segundas pruebas. Algunos envidiosos de mis compañeros dijeron que mi certificado de secundaria era un *taco*. Estaba hecho con chicharrones y carnitas. Pero no es cierto. Otros eran iguales de flojos que yo y salieron aprobados. Sus padres no regalaban nada y ellos salían bien, porque copiaban. Siquiera yo nunca copié. Además, todos nos ateníamos a la tabulación. Sabíamos que la Secretaría de Educación les pide, a los maestros, que tabulen. La mejor calificación del grupo se vuelve diez. A veces un 7 se vuelve diez y por lo mismo el 3 se vuelve 6. El engaño es parejo. Como sea, pero terminé la secundaria.

Me entusiasmó mucho la iniciación de la carrera comercial, porque veía un coche al final de la meta. Como era escuela de paga, no tuve dificultades. Si reprobaba, mi mamá hablaba con el maestro y me daba clases particulares. Como el maestro que me había preparado, era el sinodal que me examinaría, salía aprobada. No fallaba.

Aunque en la escuela fui muy popular nunca tuve novio. Una amiga dice que porque estaba muy gorda, pues a los 20 años pesaba 80 kilos y como no

soy alta, me veía más gorda. Además mis lentes son como fondos de botella y para colmo, soy la cara de mi abuelo, a quien le decían Tláloc por el parecido con el ídolo. Todo esto lo compenso con la charla. Hablo hasta por los codos, con lo que causo la admiración de mi papá. No importa que desconozca los temas. Hablo. Hablo. Hablo.

Como nunca me ha interesado el dinero, siempre que veía en apuros a alguno de mis compañeros, hombre o mujer, trataba de ayudarlo. Los muchachos me trataban bien, pero nada más. Mis amigas me presentaban a sus hermanos, a los hermanos de los novios, a los amigos de sus pretendientes, pero nada. Nadie cayó. Martha, que es de mis amigas la que más me quiere, me llevó a una *limpia* y a que me echaran la baraja. Tengo la sombra pesada y por eso ahuyento a los hombres. La señora me indicó que debía comprar una gallina negra, toda negra, sin ninguna mancha. A las 12 de la noche del primer martes de mes, debía prender doce velitas de cebo, frente a un retrato de San Antonio. Con toda la devoción posible debía rezarle la oración de la soltera. La gallina negra tenía que dar tres vueltas alrededor mío. Después debía romper un huevo y recordar lo primero que viera en él, para decírselo a la señora al día siguiente. Todo esto tenía que ser en el lapso de la primera a la última campanada de las doce. Al terminar, debía poner el retrato de San Antonio de cabeza y advertirle que lo dejaría así, hasta que me cumpliera la petición.

Otra compañera me avisó que su hermano estaba por llegar de los Estados Unidos, donde había vivido por algún tiempo. Como a los hombres de allá nada les importa, según sabíamos, a lo mejor su hermano pensaba igual y era mi oportunidad. Tenía que aprovecharla. Desesperada recorrí todos los mercados en busca de la gallina negra. Decidida a todo, compré una blanca, inmaculada. Corrí a comprar un tinte negro, para el cabello. Me tranquilizaba diciéndome que la señora me había dicho que fuera negra, pero no me advirtió que no fuera pintada. ¡Los trabajos que pasé para pintar a la gallina! Como consideré que el tiempo no me alcanzaría, atrasé el reloj de mi recámara 5 minutos. Empecé la ceremonia con el reloj de la sala y terminé con el de la recámara. Pero tampoco me aclararon si sólo debía usarse un reloj. Temblé al romper el huevo, ante el temor de lo que se me presentara. No vi nada. Es decir sí: una clara y una yema.

Al día siguiente llevé la gallina, para que la señora estudiara las entrañas. No supe si descubrió mi truco. No pudo recibirme porque estaba con un político de primera fila. No volví. En el fondo temía que las cosas no salieran bien, porque no me había sujetado a las instrucciones. Así fue. El hermano de mi amiga llegó casado. Quiso darles la sorpresa. ¡Y yo, que me había comprado cinco pelucas para ser diferente! , pues dicen que los hombres odian la monotonía. Mi amiga se concretó a decirme: ¡Ay, Cafiaspirina, qué haremos para conseguirte novio! (En la escuela me decían Cafiaspirina, porque quitaba el dolor y no afectaba el corazón. Al principio me molestaba. Después lo acepté resignada.) Lo de quitar el dolor de cabeza era por las ayudas, supongo.

En el último año de la carrera, mi mamá, con el pretexto de relacionarme, hacía fiestas una vez por semana. Y tuvieron mucho éxito. Se casaron todas mis amigas.

Han pasado quince años de que salí de la escuela. No puedo decir que me dejó el camión, porque nunca ha pasado ninguno. Conozco a todas las adivinas del Distrito Federal y a alguna que otra de la República. A todos los que leen café en la Zona Rosa o en la Colonia Roma. He sido espiritista, vegetariana, testigo de Jehová, Mormona. Bueno ¡hasta la virgencita de Guadalupe le hice manda! Y nada. Con ella es con la que estoy más sentida. Es de mi

raza, según dicen, y debía haberme oído. A no ser que ahora sólo entienda en inglés o en italiano.

Y lo peor es que sigo esperando al príncipe azul. ¡Ah, pero yo no me voy de esta vida sin haber conocido el matrimonio. O lo que se le parezca! Estoy decidida. Aunque sea el gendarme de la esquina. Total. No será príncipe, pero es azul.

